

**De la guerra a la paz.
Camino del Hno. Teodoro Omonsky al monasterio
de Las Condes, Chile¹**



GABRIEL GUARDA, OSB - MAURO MATTHEI, OSB

CuadMon 134 (2000) 317 - 328

En el ocaso de la Alemania de Hitler

Arnoldo Omonsky, nuestro futuro Hno. Teodoro, nació el año 1928 en Berlín, en el seno de una familia originaria de Silesia, siendo el mayor de tres hermanos. Su padre, Félix Omonsky, oficial del ejército imperial del Kaiser, había sido herido al fin de la primera guerra mundial, en 1918 y había tenido que abandonar la carrera militar por la de medicina. Como médico del ejército tuvo varios destinos, motivo por el cual sus tres hijos nacieron en distintos lugares: Dietrich, el segundo, en Magdeburgo y Bernhard, el menor, en Leipzig. Fueron educados como católicos en un medio predominantemente protestante.

La familia de su madre, Cecilia Fahl, era propietaria de un campo de unas 200 hectáreas, heredado de sus antepasados, en Prusia Oriental, actualmente Polonia. Allí los Omonsky pasaban todos los años sus vacaciones; era una hermosa estancia, con olor a caballos y vacas, con bosques

¹ Noticias recogidas por los Padres Gabriel Guarda, osb, y Mauro Matthei, osb, monjes de la Abadía de la Santísima Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile.

donde se cazaban liebres y corzos y con una casa con parque y construcciones de servicio -bodegas y galpones-, configurando un patio de planta cuadrada, con la casa al fondo.

Después del estallido de la guerra en 1939 la familia tuvo que sufrir la ausencia casi permanente del papá, cuya profesión lo tenía continuamente en los frentes de combate. Para Arnoldo se presentó otro problema más, que iba a gravitar en su futuro intento de ingresar a la vida monástica: el gradual empeoramiento del sistema educacional.

Debido al alistamiento de los profesores más jóvenes en el ejército, retornaron a las aulas antiguos pedagogos ya jubilados e incluso enfermos. Arnoldo recuerda especialmente a una profesora que con frecuencia sufría desvanecimientos durante las clases. A esto se agregaban los continuos bombardeos aéreos de los aliados, que producían interrupciones a veces de semanas enteras en el año escolar, aparte de otros trastornos. Los ataques aéreos fueron aumentando en frecuencia e intensidad, hasta que el 4 de diciembre de 1943 le tocó el turno fatal a la ciudad de Leipzig, donde residían los Omonsky. Arnoldo recuerda que esa noche, al bajar al refugio antiaéreo con una maleta llena de lo más necesario en cada mano, cayó una gran bomba en la casa vecina. La presión del aire lo elevó e hizo caer con toda su carga en el sótano. Felizmente no sufrió sino heridas superficiales.

La mamá con sus hijos buscó refugio en el campo de la familia en Prusia oriental. A pocos kilómetros de allí se encontraba el cuartel general subterráneo y fortificado de Hitler. El 20 de julio de 1944 se produjo en ese lugar el atentado de explosivos contra el dictador, del cual éste escapó con vida, como en todos los atentados anteriores. El Führer se vengó con crueldad de todos sus oponentes, siendo ajusticiadas muchas personas. Arnoldo sólo recuerda una de las consecuencias de este hecho: todos los soldados y oficiales recibieron la orden de reemplazar el saludo militar habitual por el saludo hitleriano, con el brazo derecho extendido.

Entre Navidad y Año Nuevo de 1944 Arnoldo, que tenía sólo 16 años, fue sorprendido allí con el llamado a alistarse para ir al frente. Su campo de entrenamiento estaba situado en alguna parte de Silesia. A los pobres muchachos que irían a constituir la última carne de cañón del dictador moribundo, como por lo demás a toda la población, le fue ocultado el hecho de que las tropas rusas ya se encontraban a pocos kilómetros de distancia. Difundir tal noticia o intentar huir era castigado con fusilamiento

instantáneo.

Los primeros meses de 1945, hasta el cese de fuego el 8 de mayo de ese año, fueron, como para todos, terribles para los Omonsky. Obteniendo vacaciones de emergencia llegó el papá para sacar a su familia de Prusia Oriental poco antes de la llegada de las tropas rusas. Fueron a dar de nuevo a la destruida Leipzig y de allí se dirigieron al campo de la familia de un fiel ordenanza-chofer del papá, que le había servido en todas sus destinaciones. No alcanzaron a huir del campo de Prusia oriental, o no quisieron hacerlo, el tío Estanislao y la tía Mimi, hermanos de la mamá, y el tío abuelo Johannes. Los soldados rusos mataron a este último en las puertas del establo, por no querer entregar los caballos; después penetraron en la casa y asesinaron al tío Estanislao, que se hallaba en cama enfermo de gripe y la tía Mimi, con miles de otras mujeres, fue deportada a Siberia, perdiéndose así las tierras ancestrales para siempre.

Más o menos en la misma época el papá, que como médico del ejército detentaba el rango de coronel en el frente oriental, fue promovido a general y trasladado afortunadamente al centro de Alemania. Allí cayó prisionero de los norteamericanos y pasó a ser médico del campo de prisioneros.

Arnoldo estaba en su campo de adiestramiento de Silesia cuando el 8 de mayo de 1945 se produjo el cese del fuego. Nada se podía asegurar sobre lo que pasaría antes y después de la ocupación del territorio por las tropas rusas, por lo que fue decidida la huida hacia el Oeste. Esto significaba tener que atravesar territorio checoslovaco, más aún: había que llegar a Praga, donde estaban los únicos puentes sobre el río Elba que no habían sido destruidos. Encaramados sobre un camión y vistiendo todavía el uniforme del ejército alemán, Arnoldo y sus compañeros fueron escupidos y maltratados en todas partes por la población. Fue para ellos casi un alivio caer por fin en manos de los rusos y ser tomados prisioneros por ellos. Milagrosamente no se produjo el temido traslado a los campos de trabajo forzado en Siberia, sino que después de algunas semanas encerrados en una escuela transformada en hospital, fueron dejados libres. Ahora tuvieron que seguir a pie tratando de alcanzar Alemania desde Praga, pasando por Karlsbad. El hambre y la fatiga los acosaban y frecuentemente debieron esconderse para evitar encuentros peligrosos. Llegados a Alemania el caos era total. Todo el mundo quería llegar o quedarse en la zona de ocupación

norteamericana y no en la rusa, pero los límites entre ambas no se conocían con precisión. Para comer pedían limosna y recorrían panaderías y carnicerías para pedir un pedazo de pan o un resto de salchicha. Una vez le regalaron a Arnoldo una caluga “Maggi” para hacer sopa, pero faltaban todos los implementos necesarios para ello. Finalmente, en la sala de espera de una estación de ferrocarril le calentaron un tazón de agua para disolver en él la caluga. La sopa le pareció un riquísimo banquete, pero de todas partes lo observaban ojos de envidia y sufrimiento.

Los trenes aun funcionaban, pero no en el itinerario deseado y Arnoldo tuvo que hacer varios trasbordos hasta alcanzar a su familia. Estaban irremediabilmente en la zona rusa. En un pueblo se hallaban su abuelo y una tía y, en otro, frente a la rivera del río Mulde, su mamá y el hijo de la tía. No obstante la vecindad, ambas zonas estaban incomunicadas. Poco tiempo después se produjo la Conferencia de Potsdam, en la que los aliados sacrificaron a la Unión Soviética gran parte de Alemania. De la zona de ocupación rusa nacería más tarde la “República Democrática de Alemania”. El único consuelo era que la familia Omonsky pudo reunirse en un mismo lugar.

Vida en la zona de ocupación rusa

Después de cierto tiempo Arnoldo tuvo que someterse a una operación a la pierna por causa de una infección. El hospital al que tuvo que ingresar era de los militares rusos por lo que la burocracia lo convirtió por segunda vez en prisionero de guerra. Felizmente, después del buen éxito de la intervención lo dejaron de nuevo en libertad. La familia siguió viviendo alrededor de dos años en la casa del ordenanza del papá. Pudieron sobrevivir gracias a la Señora Fahl, que tenía algunos bienes con qué costearse los alimentos. Estos se obtenían mediante trueque: un anillo de oro, un reloj, por algo comestible; aun regían los cupones de racionamiento y los campesinos iban a sus campos a sembrar, trabajar y cosechar.

Una vez bien restablecido de su operación Arnoldo decidió trabajar, para lo cual se dirigió a la oficina estatal de empleos. No era fácil encontrar el trabajo adecuado: unos eran para personas más capacitadas, otros para mujeres. Finalmente encontró uno, muy duro, en las minas de carbón

de Sajonia. Estas eran muy extensas, de carbón liviano que se encontraba casi en la superficie, por lo que las faenas eran a tajo abierto con mucha maquinaria para la fabricación de briquetas, generación de electricidad y transporte de minerales. Aunque duro, el trabajo convenía porque no era monótono y se pagaba tan bien, que al fin podía ayudar a la mamá. Arnoldo se levantaba a la misma hora en que lo haría más tarde en el monasterio, tenía que tomar trenes atestados de obreros y llegar, al cabo de unos 40 kms., al lugar de trabajo para regresar al atardecer.

Luego los Omonsky pudieron mudarse otra vez a Leipzig; Arnoldo siguió trabajando en la misma empresa dos años, entre 1946 y 1947. Fue un gran alivio cuando por fin pudieron tener noticias del papá y de la deportada tía Mimi. Esta última había contraído la malaria en Siberia, motivo por el cual fue liberada del campo de trabajo ruso y pudo regresar a Leipzig. En cuanto al papá, una vez salido del campo de prisioneros de los norteamericanos, fue a dar a Ochsenhausen, en la zona francesa de ocupación. Había sido acogido por sus antiguos compañeros de estudios de la “Burschenschaft” (tradicional asociación de jóvenes universitarios) que le habían conseguido trabajo en el hospital de aquella localidad.

Ochsenhausen en Württemberg había sido una antigua abadía benedictina, fundada a fines del siglo XI, conoció varias épocas de gran floración espiritual y económica, hasta que en 1803 fue suprimida en el proceso de secularización promovido por Napoleón. Su hermosa iglesia barroca de tres naves, se convirtió en parroquial y los vastos edificios conventuales sirvieron para diversos fines, hasta llegar a albergar en la actualidad un gran colegio secundario.

Era la primera vez, aunque en forma muy remota, que se insinuó en la vida del futuro Hermano Teodoro, el nombre de una institución benedictina. Pronto irían a resonar los nombres de otras del mismo género monástico.

Por de pronto el Dr. Félix Omonsky, mandaba llamar a toda su familia, acompañando un certificado del alcalde de Ochsenhausen, en el sentido de que se los admitiría a todos allí. Pero las autoridades rusas no los autorizaban para juntarse. A Arnoldo le tocó ir infinitas veces a las oficinas correspondientes para recabar el permiso, hasta que el encargado acogió la petición, estampando en la documentación un timbre de forma triangular; a continuación fue elevada al oficial, que estampó un timbre redondo, dene-

gando la autorización. A todo esto, los muebles y objetos de la familia estaban depositados en las bodegas de la parroquia católica de Leipzig y allí se quedaron para siempre o se perdieron.

Cerrado el camino de la emigración legal de la zona de ocupación rusa, se tomó la decisión de que millones de personas seguirían en los años siguientes hasta que en 1989 se produjera la ruptura definitiva del muro de Berlín : huir ilegalmente, como fuese. Junto con muchos otros tomaron el tren en dirección del límite con Checoslovaquia, hacia el Sur. Se bajaron en la estación anterior a la frontera, lo que efectuó al mismo tiempo todo el pasaje del tren. Inmediatamente todos fueron apresados y encarcelados. Esta vez la cárcel fue una casa señorial o castillo, desmantelado y venido a menos. Cecilia, la madre, que debe haber tenido poco más de cuarenta años, fue requerida para hacer el aseo de la casa del comandante ruso, lo que le permitió llevarle algo de comida a los demás. Al cabo de algunos días los soltaron y fueron enviados de vuelta a Leipzig.

Esta vez no tenían dónde alojarse, ni qué comer. La mamá, tía Mimi y los dos hermanos menores quedaron sentados en las escaleras de la gran estación de ferrocarriles de Leipzig, mientras Arnoldo, como el mayor de los tres, debía ir a mendigar comida, volviendo después de varias horas con algo. Finalmente lograron refugiarse en la familia de la señora que antes les lavaba la ropa en la casa. El lugar quedaba muy apartado, de modo que para todas las diligencias había que caminar grandes trechos a pie.

Lograron enterarse de que más al norte era más fácil huir de la zona rusa hacia la zona inglesa. Se dirigieron a un lugar donde residía un tío que había huido con gran anticipación del Este. Allí planificaron , otra vez con muchas personas, el arriesgado viaje. Todos los pasajeros del tren en que viajaban hicieron lo mismo: una multitud de cientos y miles de refugiados, con paquetes y maletas, se deslizó de noche entre los árboles del bosque. Cuando llegaron al puesto fronterizo, no hubo manera de contenerlos, ni de mostrar documentos, ni permisos, ni nada; atravesaron una franja de tierra de nadie, hasta llegar a la frontera inglesa, donde fueron recibidos más gentilmente de lo que acostumbraban hacerlo los rusos. Estaban cerca de Hannover, donde fueron atendidos con ollas comunes organizadas por la Cruz Roja Internacional y otras instituciones. La plaza de la ciudad era un inmenso mercado, donde las oleadas de fugitivos adquirirían lo que necesitaban entregando en trueque sus últimos tesoros.

En la zona de ocupación inglesa los trenes funcionaban mejor e incluso ya había expresos, aunque costaba mucho encontrar pasajes. Determinaron dirigirse al sur, a la zona de ocupación norteamericana, para pasar allí a la zona francesa y reunirse con Don Félix, el padre. Pudieron pasar sin dificultades a la zona de ocupación norteamericana porque entre ambos sectores había armonía. Seguir luego al sector francés costó más, por las tensiones que existían entre franceses y norteamericanos, pero al fin lograron pasar.

Reencuentro de la familia a la sombra de una antigua abadía

Por fin, después de tantos años, la familia Omonsky pudo reunirse en Ochsenhausen con el papá, que seguía trabajando en el hospital. La pequeña ciudad que, como muchas otras de Europa, a partir de la Edad Media se había formado alrededor del antiguo monasterio, no había sufrido bombardeos. Habían pasado dos años desde el final de la guerra, de modo que reinaba una pacífica normalidad. Fue en esa época cuando se creó la nueva moneda, la “Deutsche Mark” (DM), inicio de lo que posteriormente iría a llamarse el “milagro económico alemán”. Cada ciudadano recibía 40 unidades de la nueva moneda por 60 de la antigua.

Arnoldo encontró trabajo en una fábrica de locomotoras, en Friedrichshafen, a orillas del lago Constanza. Uno de sus compañeros de trabajo era originario de Weingarten, cerca de Ravensburg, y lo invitó un día a conocer el famoso monasterio que se elevaba en una colina encima del pueblo. Así Arnoldo no sólo llegó a conocer la abadía de San Martín de Weingarten, sino que también fue huésped en ella y pudo participar en la popular procesión ecuestre de la reliquia de la Preciosa Sangre, que tenía lugar el viernes después de la Solemnidad de la Ascensión del Señor.

El monasterio benedictino de Weingarten había sido fundado en el año 1056 por la casa noble de los Güelfos. Su hermoso claustro gótico, que aún se conserva, fue construido en el siglo XII y en la época barroca la comunidad monástica había alcanzado tal grado de prosperidad, que pudo animarse a levantar entre 1715 y 1724 la iglesia barroca más grande de Alemania (102 ms de largo). El modelo arquitectónico que inspiró la construcción de esta iglesia, como también la de Einsiedeln en Suiza y Ottobeuron

en el mismo Sur de Alemania, fue el monasterio del Escorial. En 1802 el cenobio, como todos los centros monásticos del centro de Europa, fue secularizado. En 1922 fue repoblado por monjes de la Congregación de Beuron. Los nazis decretaron en 1940 la segunda supresión de Weingarten, pero los monjes retornaron en 1945.

En este sagrado lugar Arnoldo sintió por vez primera el llamado a la vida benedictina. De inmediato surgió el obstáculo de sus estudios incompletos y deficientes del tiempo de guerra, que sólo le permitiría un ingreso en calidad de hermano converso. Pero a esto se oponía firmemente su padre que como médico jefe tenía en toda la región y también en Weingarten una gran clientela. Estimaba humillante para él y la familia si su hijo no podía ser monje de coro. Su mismo padre le sugirió entonces que terminase sus estudios secundarios y comenzase el aprendizaje del imprescindible latín en una institución que mantenía la Congregación del Verbo divino cerca del monasterio de Kornelimünster, en las afueras de Aquisgrán. No demasiado lejos, más al Sur, se encontraba el monasterio de María Laach, el único que no había sido suprimido por los nazis. Desde el colegio en que estudiaba Arnoldo pudo visitar ambos monasterios, tan antiguos y venerables como los dos anteriores que ya había conocido: Kornelimünster había sido la fundación favorita de Carlomagno y de su hijo Ludovico Pío, mientras que María Laach, fundado en 1093, había sido repoblado por monjes beuronenses en 1892

También en esos lugares se le respondía a sus sondeos: “Termine sus estudios y veremos”. Pero, faltando la base y careciendo al mismo tiempo de la necesaria inclinación hacia las ocupaciones del intelecto, el asunto se tornaba cada vez más pesado para Arnoldo.

La archiabadía San Martín de Beuron

De improviso se abrió una puerta inesperada: la del monasterio de Beuron, situado en el sur de Alemania junto a un Danubio incipiente y de poco caudal. El mismo P. Archiabad Benito Baur, que dos años antes había tenido la audaz decisión de aceptar la refundación del monasterio de Las Condes en Chile, tuvo también la generosidad de aceptar a Arnoldo Omonsky tal como era, sin exigirle grados académicos. Para su padre la solución

también era aceptable, ya que Beuron estaba en una región apartada y sólo pocas personas se enterarían de que su hijo mayor sería nada más que un simple hermano converso.

El ingreso se produjo en 1951 y su primer trabajo fue en la extensa huerta del monasterio. Según el hermano encargado de ésta, el postulante Omonsky no distinguía suficientemente entre las verduras y las malezas. Felizmente ya el 5 de noviembre de 1951 fue revestido del hábito benedictino y recibió el nombre del mártir San Teodoro. Poco días después, el 9 de noviembre del mismo año, pudo recibir el primer abrazo de onomástico de parte de los hermanos.

Arnoldo, convertido ya en el Hermano Teodoro, pasó al intenso trabajo de la sacristía, junto a otro hermano y bajo el mando del P. Sacristán. Esta ocupación, que se prolongó por dos años, le llenaba todo el día, puesto que, aparte de la misa conventual, se debía atender a la celebración de las misas privadas de todos los sacerdotes, en todos los altares de la iglesia y había que asignar distintos confesionarios de la iglesia a las masas de personas que venían a confesarse a Beuron, especialmente en los días de fiesta.

Después de haber emitido sus votos trienales el 11 de noviembre de 1953, el Hermano Teodoro pasó a trabajar en la panadería. Según el sistema tradicional vigente en Alemania desde la Edad Media se comenzaba como aprendiz, bajo la mirada vigilante de un hermano que poseía el título de maestro. Después de un examen se pasaba al grado de oficial (“Geselle”) y el título de “maestro” (“Meister”) se alcanzaba presentando una “obra maestra” a la comisión examinadora. Para poder rendir este último examen y completar sus conocimientos en el arte del pan, el Hermano Teodoro fue enviado en 1956 por seis meses a la abadía de Münsterschwarzach, de la congregación benedictina de Sta. Otilia. A su vuelta a Beuron y terminados con éxito sus aprendizajes, pudo consagrarse definitivamente al Señor por medio de los votos perpetuos, el 11 de noviembre de 1956. Pero antes de esto habría que consignar dos hechos importantes ocurridos por entonces: el primero de ellos fue la decisión de su segundo hermano, Dietrich, nacido en 1933, de consagrarse al servicio sacerdotal. Si bien su camino de vida fue la del clero diocesano de Rottenburg - Stuttgart, no deja de sorprender que después de su ordenación sacerdotal en 1960, su primer destino y tarea de muchos años fuera la parroquia de Wiblingen, cerca de Ulm, cuya igle-

sia era la de la antigua abadía benedictina del mismo nombre. Wiblingen había sido fundada en 1093 por monjes provenientes de la abadía de Sankt Blasien (San Blas) en la Selva Negra. Su gran florecimiento en el siglo XVIII había permitido a la comunidad construir una de las más hermosas salas de biblioteca y una de las más luminosas y amplias iglesias barrocas del Sur de Alemania. Este habría de ser el entorno del párroco Dietrich Omonsky.

El segundo hecho fue la visita a Beuron, en julio y agosto de 1956, del P. Odón Hagggenmüller, Prior de Las Condes en Chile. En 1949 había viajado a aquel país a la cabeza de un grupo de monjes de la Congregación de Beuron, que iba a hacerse cargo del monasterio fundado en 1938 en las afueras de Santiago por la Congregación de Solesmes, clausurado diez años más tarde. Ya hicimos notar la audacia del P. archiabad Baur al decidirse por aquel envío de monjes en una época en que todos los monasterios europeos se estaban recién recuperando de la sangría provocada por los disturbios de la Segunda Guerra Mundial. Con gran determinación el P. Odón había logrado a principios de 1956 el traslado del monasterio a un lugar más favorable para el desarrollo monástico y venía ahora a la casa madre con la esperanza de poder reclutar más personal para la fundación en Chile. Facilitaba también esta esperanza el hecho de que la primera vocación chilena de Las Condes estaba ya haciendo sus estudios teológicos en Beuron. Al H. Teodoro esto le provocó mucho interés y así fue a golpear a las puertas del P. Odón discretamente, después de Completas, durante el gran silencio. La furtiva entrevista resultó bien, aunque pronto hubiese trascendido. El Prior Administrador de aquel entonces, R. P. Stephan Schmitt, la interpretó con benevolencia y declaró preferir el envío de hermanos a Chile que a otras partes, desde las cuales, con todo, eran pedidos con urgencia.

Traslado a Las Condes, Chile

Después de la fiesta de sus votos perpetuos, el día de San Martín de Tours de 1956, el H. Teodoro podía ya hacer sus preparativos de partida hacia Chile. En esos años aún se prefería la vía marítima. El barco elegido era la motonave argentina *Yapeyú*, de la Compañía Doderó, pero al llegar el H. Teodoro al lugar de su embarque, en Hamburgo, su barco estaba

reparándose en los diques de Amsterdam. Para hacer tiempo se dirigió a esperar en la casa de un tío abuelo, en Lübeck. Recibido el nuevo aviso de embarque volvió a Hamburgo dirigiéndose al hospicio del Raphael-Verein, una fundación católica para emigrantes. La hospedería estaba repleta de personas deseosas de alejarse de la destruída Europa, por lo que el Hermano tuvo que dormir en el diván de una de las oficinas. Ultimo percance: trasladarse en buses de Hamburgo a Amsterdam, para subir allí a la *Yapeyú*.

Afortunadamente la navegación fue rapidísima, sin ninguna recalcada en ningún puerto, de modo que al poco tiempo llegaban a Buenos Aires, donde lo recibió y condujo a la abadía de San Benito el R. P. Bonifacio Keiner. Nueve días descansó en aquel monasterio hasta que pudo, por primera vez en su vida, subirse a un avión a hélice para emprender la travesía de la Cordillera. El 31 de mayo de 1957 aterrizaba en Santiago.

El aeropuerto de Los Cerrillos estaba entonces en construcción y nadie esperaba al nuevo hermano, ya que el respectivo telegrama llegaría mucho después que él. En medio de aquel caos, sin hablar castellano, el H. Teodoro debía acercarse a una de las casetas telefónicas y recurrir a una guía telefónica, ya que no sabía el número del monasterio. Gracias a Dios, siempre existen los ángeles de la guarda que en forma humana ayudan a superar tal clase de percances. Quiso la Providencia que quien atendiera el teléfono fuese el P. Angel Graf. Este le ordenó que no se moviera de Los Cerrillos hasta que vinieran a buscarle. El primero que apareció en una moto último modelo fue el P. Odón. Le invitó a servirse un sandwich y una bebida, hasta que llegaron el P. Lagos y el H. Baltasar en la camioneta del monasterio. El sandwich era de una fruta desconocida para él, la palta, y por lo tanto, no se le hizo tan grata la primera comida en Chile.

El monasterio de Las Condes, ya desde un año en su actual ubicación, le causó una grata impresión. En el primer tiempo tuvo poco trabajo manual, pues diariamente tenía que tomar clases de castellano con el P. Odón y estudiar las lecciones. El inesperado fallecimiento del H. Leonardo Koch, el 2 de octubre de 1957, determinó un reajuste de trabajos, tocándole a él la primitiva lavandería junto al garaje; enseguida debió hacerse cargo de la ropería, que estaba en su misma celda, al término del pasillo del segundo piso, en una zona que más tarde sería ampliada y readecuada como enfermería. El lugar era muy estrecho lleno de armarios y baúles con la ropa de los monjes. Su cama era plegable y en su mesa-escritorio debía

preparar y reparar cada semana la ropa de los hermanos. Posteriormente debió asumir los trabajos en la administración del monasterio. En fin, nadie podrá negar que el H. Teodoro ha conocido y conoce el monasterio de Las Condes al revés y al derecho y que su contribución ha sido y es motivo del permanente agradecimiento de la comunidad.

Para terminar, dos notas relacionadas con la familia del H. Teodoro: su tercer hermano, Bernhard, nacido en 1936, no habría de seguir el camino eclesiástico, como sus dos hermanos mayores, sino el del derecho. Con todo, el signo benedictino que parece haber primado en la historia de la familia Omonsky, hizo que su primer trabajo como abogado lo llevara al pueblo de Tholey, en el Sarre. Tholey, abadía de la época merovingia, había conocido una larga floración benedictina durante siglos, hasta que en 1794 los soldados de la Revolución Francesa le pusieran un violento fin. El año 1950 la hermosa iglesia gótica y sus claustros adyacentes fueron repoblados por monjes de la Congregación Beuronense, provenientes de la abadía de San Matías de Tréveris. De este modo la nueva etapa de este venerable centro monástico se produjo sólo un año después de la de Las Condes, iniciada en 1949.

La segunda nota: el año 1966 el H. Teodoro ejercía entre otros, el cargo de campanero. Cierta mañana, al tirar de la cuerda, esta se separó de la campana y cayó sobre su cabeza. Dice el H. Teodoro que le vino en el acto el pensamiento de que su madre había muerto en ese momento en Alemania. Pocas horas después, un telegrama le traería la confirmación de ese suceso.

*Abadía de la Ssma. Trinidad de Las Condes
Casilla 27021. Santiago 27
Chile*
